[Johannes Chrysostomus], *Juan Crisóstomo. Diálogo sobre el sacerdocio*. Introducción, traducción y notas de J. J. Ayán Calvo y P. de Navascués Benloch. Biblioteca de Patrística, 57 (Madrid: Editorial Ciudad Nueva 2002) 195 pp.

La Introducción comienza destacando la difusión e influencia que ha tenido esta obra. Junto con *La fuga* de Gregorio Nacianceno y la *Regla pastoral* de Gregorio Magno integra la «trilogía pastoral» de la antigüedad cristiana. Sin embargo, la obra del Crisóstomo es la primera que ya en el título alude a un tratamiento del ministerio sacerdotal.

La tesis más difundida es que Juan escribió esta obra durante su diaconado, entre el 381 y el 386; pero sigue abierto un marco que comprende más de una década (378-390). Crisóstomo la compuso después de haber tenido experiencia tanto de la vida eclesiástica de la ciudad como de la vida monástica en las afueras de ella.

La división de la obra en seis libros data del período bizantino de la transmisión del texto y hace violencia al contenido. Parece no ser real la trama concebida por el Crisóstomo para construir el diálogo; pero eso no impide que el escrito refleje un determinado período histórico de la iglesia y la sociedad del momento.

La estructura del diálogo coloca entre el prólogo y el epílogo dos defensas, realizadas por Juan frente a su amigo Basilio y frente a las críticas recibidas de la ciudad. A una y a otra siguen unos intermedios dramáticos que reavivan el interés del discurso. El objetivo principal del autor es mostrar la grandeza del sacerdocio. Depende de los gustos sofisticados de la época, pero no cae nunca en el exceso. Lejos de ser una exposición pacífica y atemporal del modelo del sacerdote, es un escrito dirigido a una sociedad concreta para reparar la baja imagen del sacerdocio en el mundo oriental del siglo iv. Con un mismo término, el de sacerdocio, Crisóstomo se refiere al episcopado y al presbiterado. Invita a los sacerdotes a guardar las virtudes propias de los monjes, pero en su peculiar forma de vida secular. Antes que nada es una obra de edificación, en que el objeto de la fe es abordado para trazar la conducta que de él debe seguirse. Ser sacerdote es un gran honor, pero asimismo una gravísima responsabilidad. Se ejerce en la tierra pero tiene el rango de las realidades celestes. El sacerdote ha de ser presencia de Cristo y del Espíritu en